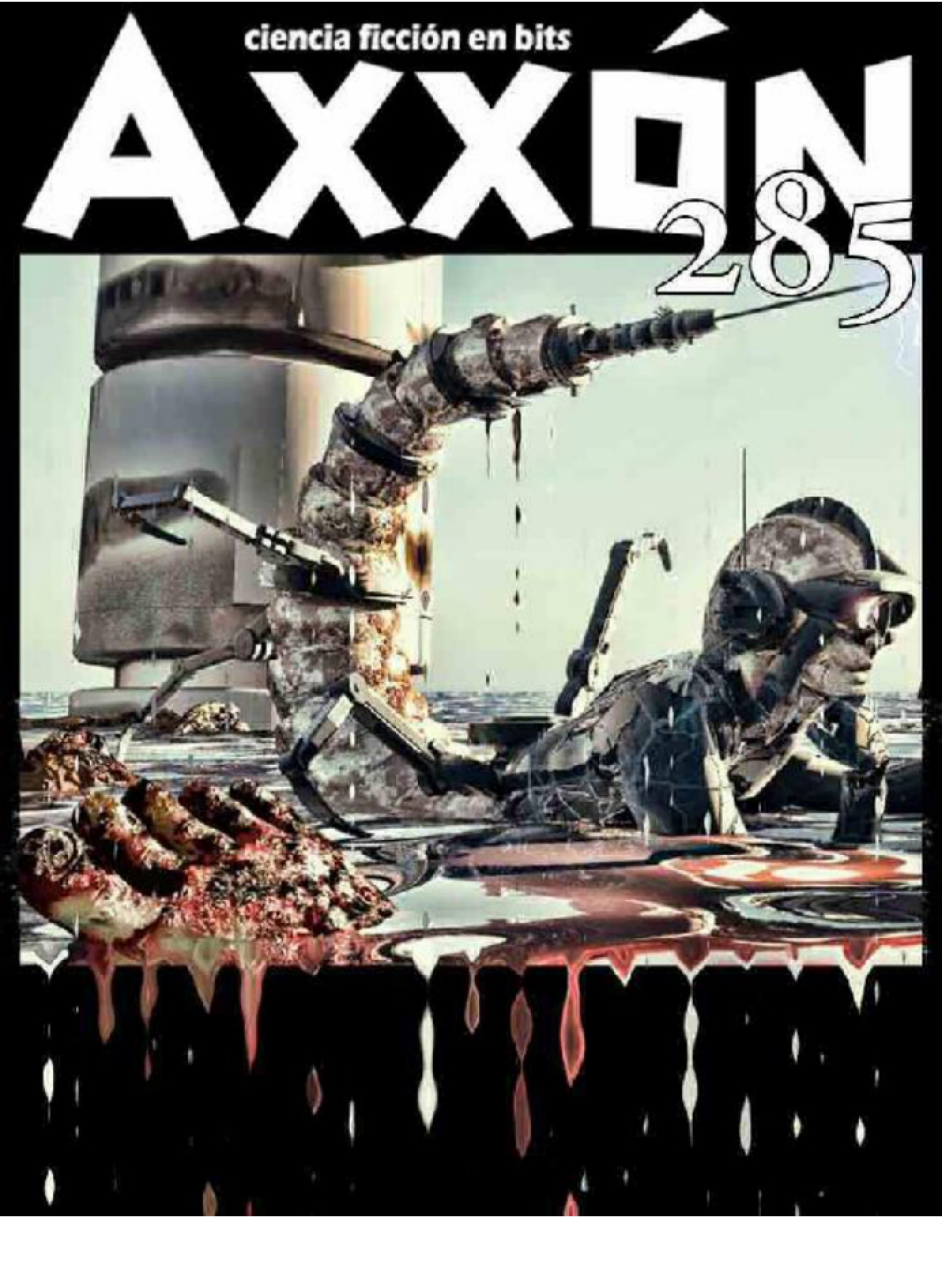

ciencia ficción en bits
AXÓN
285

Axxón 285, septiembre de 2018

Editorial - Axxón 285

ARGENTINA

Un tema habitual en las ficciones que solemos transitar, en Axxón o como lectores del género, es el de los ciclos, ya sea porque un viaje por el tiempo lleva al pasado a los protagonistas, para repetir la historia o para evitarla, o simplemente porque, en una historia lineal, ideas transitadas en el pasado vuelven a ser temas de actualidad.

En nuestro país, la educación pública, como ocurrió en otros momentos de nuestra historia reciente, vuelve a estar amenazada. No es un tema en absoluto ajeno a la ciencia ficción. Entre muchos otros ejemplos, un episodio de la serie televisiva Max Headroom muestra un mundo en el que no hay escuelas y la educación de los niños sólo existe en forma de videos educativos que pueden accederse exclusivamente por suscripción a las cadenas de televisión que los emiten. Los *blanks* (personas que voluntariamente se han removido a sí mismos de la registración informática obligatoria en la sociedad, por lo que carecen de derechos) han pirateado la programación educativa para poder enseñarles a leer a las crecientes poblaciones de *blanks* que, al carecer de identidad informática, no tienen acceso al crédito que les permita acceder a una suscripción de cable. Los censores, dedicados a detener cualquier filtración de conocimiento que no haya sido comprada, persigue a los *blanks* infractores tanto por su consumo de contenido ilegalmente obtenido, como por la herejía de pretender generar su propio contenido: para evitar que las nuevas generaciones de *blanks* sean condenadas al analfabetismo, en un mundo totalmente electrónico los piratas han reflotado *la imprenta*.

Uno de los autores publicados en este número, Néstor Darío Figueiras, escribió un cuento en el que la educación pública se

encuentra similarmente restringida. Ese texto, anclado fuertemente en nuestra realidad nacional, fue editado por Ediciones Ayarmanot en 2014, en la antología “Buenos Aires Próxima”. En una reciente publicación en Facebook dice Néstor:

> *«En el Zeitgeist que nos toca, Derecha y Posmodernismo se han combinado para producir la más temible fórmula. Y despúes dicen que las ficciones distópicas atrasan. Si no fuera por las distopías, que alertan y estremecen, esta alianza habría logrado sus objetivos mucho antes».*

La voz de Néstor está asociada indisolublemente con Axxón, y su retorno, con tres de los cuentos publicados en su primer libro en papel, es una grata noticia, que nos alivia un poco de la tristeza que nos causan los retornos de ciertas políticas.

La otra voz que retorna a Axxón es la de Víctor Conde, que nos ha acompañado con ficciones diversas desde febrero de 2001, cuando publicamos en Axxón 107 “La asombrosa historia de Enrique y el horror tentacular de Venus”. Ha engalanado nuestras páginas con textos de longitudes y temáticas varias incluyendo historias ambientadas en nuestro emprendimiento ficcional-inmobiliario, Urbys, así como dos novelas cortas. Su retorno, también, es una noticia que nos alegra.

Finalmente, publicamos otro material que teníamos demorado: un portfolio del santafesino Gastón Barticevic. Una de sus ilustraciones fue tapa de nuestro número 283, por lo que este portfolio constituye, también, un retorno.

Esperamos que disfruten este número.

Pausa para el café

Víctor Conde

 **ESPAÑA**

Ningún ser humano sobrevivió a la cuarta guerra mundial.

Y ahora, hablemos de otra cosa: En esa época del año solía arremolinarse allá arriba una buena cantidad de vapor de agua. No la suficiente como para formar nubes, pero sí como para cambiar sustancialmente el carácter de la luz. Los tonos dorados del sol se volvían acuáticos, verdosos, y se derramaban sobre el paisaje convirtiendo Cañón Muerto en un panorama iluminado por un fuego subterráneo.

Fuego verde, como en las viejas películas de ciencia ficción.

Un insecto se posó en la ventana, extendiendo sus largas antenas. El coronel Torres lo miró. Seguro que el bicho podía "ver" un espectro muy amplio de frecuencias sonoras, pintándose él mismo un paisaje visual con los murmullos de los distantes volcanes. Pero apostaría a que los soplidos de viento en el borde de las dunas, que levantaban abanicos de polvo, carecían de la refinada resolución acústica que necesitaba para verlos.

¿Qué pensaría el bicho de lo que estaba observando, si cada aroma que arrastraba el viento llevaba aparejada una historia? ¿Sería capaz de emitir un juicio justo sobre la memoria de los hombres?

Torres se quitó la guerrera y la colgó pulcramente del perchero. La alisó con un par de golpes que desprendieron una nube de polvo. Maldito polvo, el sudor del desierto… Se colaba por todas partes, incluso a través de las paredes. Arrastrado por vientos térmicos bajos, había cubierto el suelo con una película fantasmal, parecida a limaduras de seda. Torres había llegado a creer que el oxígeno del complejo se había agotado hacía tiempo, y que él mismo se había acostumbrado a respirar una mezcla de polvo y suciedad que le había pintado de blanco los pulmones. Pero todavía no le había matado. Buena señal. Si se acostumbraba a respirar polvo entonces no tendría que temer a la asfixia.

Contempló la guerrera. Era su orgullo, y el principal recordatorio de su misión. La cantidad de medallas que constelaban la pechera era tan densa

como las galaxias que asomaban de noche. Cada una, igual que los aromas del viento, contaba una historia. Aunque en este caso fuese una historia terrible. Cada condecoración, la lápida que rubricaba un paso más en la carrera de autodestrucción del hombre.

Como todos los días, desde hacía ocho años, el coronel Torres comenzó con su jornada laboral. Tenía una apretada agenda que inevitablemente empezaba por la consola principal de comandos: como cada día, sacó el libro rojo del armario blindado, usando su llave, y lo abrió por la página uno. Había repetido tantas veces la misma operación que se sabía el libro de memoria, pero a Torres le daba igual: aun así lo seguiría consultando, porque lo decían las ordenanzas. Y él era un buen militar, al que le gustaban los protocolos tanto como comer cuando tenía hambre.

—A ver… —Paseó el dedo por debajo de las líneas—. Paso uno, comprobar los conectores de los sistemas principales y de emergencia.

Paso uno, paso dos, paso tres… paso ochenta y dos… sus expertas manos encontraron el gusto en la comodidad de los rituales. Y apretaron los botones y giraron las clavijas y desbloquearon las llaves hasta que todas las luces estuvieron en verde. El proceso entero le llevó una hora, más o menos. Cuando terminó estaba tan exhausto y satisfecho como siempre.

El país estaría a salvo un día más.

Después de eso llegaba la inspección, tanto interna como externa, del complejo. El “paseíllo”. Era la parte más peligrosa, y también la que más tiempo le llevaba, pero el coronel entendía su propósito. Era de vital importancia que comprobase personalmente que las esclusas estuvieran cerradas, y que las portillas de lanzamiento de misiles se hallaran en perfecto estado. Si no, en caso de una emergencia (y estando solo en el complejo), se las vería y se las desearía para cumplir la orden de disparo.

No, eso jamás pasaría. No durante la guardia de Esteban Torres Delgado.

Antes de comenzar la ronda hizo una pausa para el café. Mientras se lo preparaba, la fantasmal voz del ordenador maestro embrujó las habitaciones:

—Chequeo automático de sistemas en naranja. Operatividad de la base al cincuenta y dos por ciento. Se requiere asistencia inmediata, inmediata, inmediata…

Sí, claro, ¿y qué más? También podía pedir un coro de voces blancas para celebrar la Navidad, ya puestos. Aquella maldita computadora no entendía que, en las actuales circunstancias, un cincuenta y dos por ciento no sólo era mucho. Era fantástico. Todos los días lanzaba ese mensaje a una hora en

punto, y todos los días Torres lo ignoraba cortésmente.

Dejó escapar una bocanada de aliento que cambió las isobaras sobre la capa de espuma del café. Al menos seguía teniendo café, eso no se le iba a acabar. Resultaba curioso que de otras muchas cosas básicas, como penicilina o alimentos liofilizados, le quedase ya muy poquito. Pero del dulce tesoro de Venezuela le quedaban todavía media tonelada de cajas. Si se moría no sería de sueño.

Apuró la taza, agarró la linterna y la pistola reglamentaria y se puso a recorrer silbando los pasillos. Estaba contento. Se sentía como aquel insecto de la ventana, leyendo mensajes en el viento. Un centenar de recuerdos desfilaron por su mente como un mazo de naipes: del antes, del después, del *durante*.

Me alegra que hayas venido, le dijo al buen humor. Como desconocidos en un tren; pasa y siéntate.

Quién le iba a decir, ocho años atrás, cuando la Luz llegó, que él acabaría de esa manera. Tan solo, tan ocupado, tan… importante. No es que su cometido anterior no fuese significativo, allá en los túneles, pero en aquella época había mucha gente en el complejo subterráneo y se podía delegar el trabajo. La vida avanzaba despacio, con el carácter previsible y seguro del tranvía que se sabe que va a salir a una hora determinada, aunque se desconozca el destino. El tranvía saldrá, uno podía estar seguro de ello; podía confiar en los horarios y acomodar la cabeza en un ángulo cómodo de la butaca hasta quedarse dormido. El mundo seguiría allí cuando despertara.

Pero esta vez no fue así.

La Luz se encargó de romper ese espejismo. Los que la vieron actuar y sobrevivieron (como el amigo de Torres, Aníbal, que hizo una descripción espeluznante antes de deshacerse en un amasijo negruzco de cáncer), contaron cómo era: una onda de partículas de alta energía que sólo afectaba a la materia viva, una rompiente oceánica de neutrones. Palabras de un poema atrapadas en un monitor de fósforo verde, un larva de destellos, una pupa de metal. Fibrilación electrónica, latidos en un osciloscopio. Fuego metido en una lata. Muerte por doquier, muerte luminosa.

Seres vivos de toda índole, menos los insectos (nadie supo jamás por qué ellos se salvaron), ardiendo y convirtiéndose en placas de rayos X. Esqueletos desnudos de carne al volante con la carrocería humeando de calor.

Dos segundos después… el silencio de la tierra muerta, de las ciudades convertidas en mausoleos mudos. Del *frufrú* de millones de insectos que escarbaban con sus patitas queriendo salir al exterior, a establecer su

imperio de la carroña. Torres recordó con espanto sus pesadillas con las cucarachas. Con otros bichos también, pero sobre todo con las cucarachas.

Hasta ahora había logrado mantener el complejo en un estado de relativa asepsia, ¿pero qué pasaría cuando sus extremidades estuvieran demasiado viejas y ya no pudiera cerrar las portillas? ¿Qué pasaría cuando tuviera que subirse (paso doscientos treinta y cinco) a los conductos de aire acondicionado para desatascarlos, y su anciano cuerpo se negara?

¿Lograrían entrar entonces las cucarachas?

El cenizo de siempre, se dijo. Y el silencio volvió a interponerse entre su optimismo y él con un impacto casi audible.

—Alabemos, alabemos, alabemos al Señor. Él dispondrá la mesa, siempre habrá pan en los platos… —canturreó mientras hacía su ronda. Una antigua canción de cuando fue guardaespaldas de la Reina. En otra vida. En otro paradigma de las cosas.

En su largo deambular, de vez en cuando se encontraba con zonas del complejo que desconocía. A pesar de haber estudiado a fondo los planos de planta, aquel edificio subterráneo era un laberinto, y en ocasiones, detrás de algún derrumbe, encontraba un pasillo nuevo.

Eso le pasó aquel día. Torres estaba inspeccionando el conducto 218-B, alrededor del silo de misiles principal, cuando su linterna desenmascaró una pila de cascotes, archivadores y mesas de oficina que se habían colocado en plan barricada para cegar un pasillo. Frunció el ceño y se acercó, su pistola a punto. La resistencia de los primeros meses contra las criaturas del exterior fue épica, de eso se acordaba. Otro puñado de recuerdos que explotaron en su cabeza, cayéndose como descartes de la baraja: la lucha, el destello sincrónico de los disparos, las bombas de gas. Pero nada de eso impidió que ellos entraran y se enseñorearan del lugar durante un tiempo. Luego se marcharon, Torres nunca supo por qué: quizá por aburrimiento, o porque no les quedaba nada que rapiñar.

Los carroñeros se aburren cuando se les acaba la materia prima de su deseo: los cadáveres.



Ilustración: Pedro Bel

Iba a dejar las cosas como estaban cuando descubrió un cadáver. Lo arrastró por las piernas hasta dejarlo en medio del pasillo. Un soldado, joven, no más de treinta años. Oficial de bajo rango. El desdichado no había muerto por la Luz, sino por los mordiscos de las alimañas… pero aún tenía los galones prendidos de su uniforme. Torres sonrió al arrancárselos. Se los cosería en los espacios libres que le quedaban en la guerrera y así seguiría subiendo peldaños en el escalafón. Con ese par de medallitas extra pasaría, a ver (hizo recuento con una mueca)… ¡a mariscal! Sí, mariscal de campo, nada menos. Esta noche organizaría una fiesta para celebrarlo. No todos los días se convertía uno en mando supremo del ejército de su país.

No era difícil, cuando lo único que quedaba de ese ejército era él.

De repente, la voz del ordenador volvió a estallar en los altavoces. Pero esta vez no era sosegada, sino llena de tensión. E iba acompañada por una estrepitosa luz roja.

—¡Alarma, intrusión en el perímetro, alarma! —chilló—. ¡Todas las defensas automáticas activas, se requiere decisión humana! ¡Se requiere decisión humana!

Torres corrió de vuelta a la sala de control. Miró por la ventana del búnker: el insecto de antenas bonitas había desaparecido, y lo que se veía en su lugar…

El gener… mariscal tragó saliva.

Las procreadoras habían vuelto. Ya las había visto antes, una especie de escarabajos del tamaño de elefantes que vagaban por las ruinas del mundo buscando lo poco que quedase para comer. Y ese “poco” normalmente consistía en seres de su misma especie, demasiado viejos y cansados como para escapar a su destino. Dos de ellos se estaban peleando justo delante del complejo, abiertas sus membranas como alas de avioneta, extendidos sus espolones como cañones de tanques. Poniendo en práctica estrategias de lucha heredadas de cuando su tamaño era mil veces menor, corcoveaban,

danzaban en círculos, entrechocaban con furia sus crestas sagitales. Titanes en colisión, dioses del nuevo milenio.

Torres sabía que no debía disparar contra ellas o sería peor. Si hería o mataba a una, la superviviente se la comería hasta dejar más o menos la mitad de su carne. Entonces depositaría sobre el cascarón una carga de millones de huevos, y se iría con la música a otra parte. El problema para Torres vendría cuando esos huevos eclosionaran, y cubrieran literalmente la base con la sombra de una nueva generación.

Su única posibilidad era dejarlas luchar, y rezar para que la cosa acabara en un empate. Si los dos monstruos veían que estaban muy igualados, firmarían un armisticio telepático y se marcharían cada uno por su lado, como si aquí no hubiese ocurrido nada. Pero si uno mataba al otro…

La furia de los titanes duró casi media hora. Y entonces ocurrió lo más trágico: uno de ellos logró matar al otro, atravesándole con su espolón la cabeza. El cuerpo desplomado le sirvió para lo que el mariscal había previsto, y cuando sus instintos naturales le dijeron que ya había cumplido con su función reproductiva, se marchó hacia el horizonte con su pesado andar de leviatán.

Torres se quedó inmóvil, contemplando el cascarón medio devorado de la procreadora. Y las millones de larvas frescas que la otra había defecado sobre él.

No le quedaba otra opción. Tenía que salir con el equipo de incineración antes de que fuera demasiado tarde.

Vestido con el traje para actividad exterior (una funda de plástico ultra-resistente que le cubría el cuerpo por completo), y armado con un lanzallamas, Torres abandonó la seguridad del complejo. Sus botas se enterraron en la arena blanca del desierto, en las limaduras de seda. El desolado vasto quería comérselo a él también, pero no le dejó. Sacó las botas de las arenas movedizas y avanzó torpemente hasta la procreadora. Entonces dejó salir la furia de mil octanos, la tempestad deflagradora que lo consumía todo. El brillante cono de soflamas de su arma.

Arded, arded, malditas, se dijo con una mueca de éxtasis; *incineraos en los fuegos del infierno, y no volváis para contarlo…*

Las contempló retorcerse bajo el manto amarillo y rojo, y soltó un grito de triunfo. ¡Sí! ¡Desde luego, la tecnología pre-Luz era un milagro!

Entonces las vio.

Había casi una decena de ellas. Procreadoras. Todas viniendo directamente a través del vasto, hacia la base de lanzamiento de misiles. Torres jamás

había visto a tantas de ellas juntas, de hecho no creía que pudieran estar tan cerca sin aniquilarse unas a otras. Eran ferozmente territoriales.

Pero si eso era así, ¿cómo se explicaba aquel contingente de monstruos que avanzaba en su dirección? ¡No era posible! ¿Tenían acaso un jefe que los guiase? ¿Habían visto los destellos del lanzallamas y los habían tomado como una señal, como la voz de algún imposible dios insectoide que hablara en fuego y humo?

El mariscal corrió a la base y se encerró en la cámara de descontaminación. No había tiempo que perder: los segundos latían en sus sienes más rápido que en el reloj de la pared. Tenía que hacer algo y *ya*, o aquellas bestias destrozarían lo que quedaba del complejo.

Cuando llegó a la sala de mando, después de perder un tiempo precioso descontaminándose y quitándose el traje, vio un paisaje de pesadilla: las procreadoras habían destrozado la esclusa del silo de misiles y estaban arrastrándose dentro. Era como si olfatearan la potencia destructora del cohete, los millones de grados de infierno líquido que esperaban en sus tanques de combustible, y quisieran libarlos mediante sus grasientas trompas. Si no hacía nada por evitarlo, dentro de una hora el misil Arián sería una torre blanca de veinte metros cubierta por insectos hambrientos de poder nuclear.

Y quién sabía lo que pasaría después.

Torres se desesperó. No debía dejarse arrastrar por el pánico, había sido entrenado para ello. No tenía otra opción: tenía que lanzar el misil. O detonarlo, si no era posible lo primero, antes de que aquellas bestias se lo comieran. Quién sabía qué trampa había hecho la mutación biológica que dominaba el mundo, para que aquellas cosas quisieran alimentarse de combustible de cohetes.

La evolución… esa zorra mutante. Estimulada por las prodigiosas fuerzas desatadas por la Luz, había hecho crecer a los insectos y los había convertido en algo impensable. Mutaciones, las llamaban antes… sí, y mucho más. Horrores sin nombre que habían sabido adaptarse al nuevo orden mundial, preparadas para comer fuego, para respirar electrones, para medrar en la radiación y la muerte.

Mutantes.

Tenía que pararlos, o se zamparían la golosina definitiva. Y quién sabía qué nuevo catálogo de pesadillas saldría de ahí. Algo jamás visto en la historia del mundo. Tenía que girar las palancas y apretar los botones, y lanzar el maldito proyectil.

Se sabía el libro rojo de memoria, y había practicado el proceso miles de veces. Eso le hizo moverse a través del laberinto de protocolos de seguridad como pez en el agua. Todo fue bien hasta que llegó al momento crítico, aquel para el cual hacían falta dos hombres, sentados en dos consolas separadas, para introducir al mismo tiempo los códigos. Uno solo no podía hacerlo.

Intentó controlar la respiración, tranquilizarse, buscar una solución. Había soñado con este problema muchas veces, y siempre creyó que llegado el día sabría encontrarle solución. Pero el día había llegado… y él no sabía cómo activar las malditas consolas.

Arrastró el cuerpo del oficial que había encontrado en el pasillo, y le puso una de sus extremidades en la frente. Aunque le doliera horrores, tenía que leerle la mente, como había hecho con los oficiales anteriores. Buscar en la cabeza del cadáver un destello neuronal durmiente, que pudiera estimular con electricidad para que le brindase un recuerdo, la memoria de los técnicos, cualquier cosa que fuera útil. Igual que cuando absorbió los recuerdos de aquel encargado de la limpieza llamado Esteban Torres, y los hizo suyos. Igual que cuando leyó la mente de todos los humanos muertos tras la intrusión de los carroñeros en la base, cuando las barricadas no aguantaron.



Ilustración: Pedro Bel

Sin embargo, en la cabeza de aquel soldado no había ningún truco técnico y milagroso de última hora: sólo era un intendente de bajo rango. Sabía usar un fusil, pero poco más. Y eso tampoco le había salvado la vida.

Insultando a la evolución y sus jugarretas mutantes, el mariscal se sacó de la manga su último truco, aunque sabía que eso dañaría irremediablemente su cuerpo, y ya jamás podría volver a curarlo. Haciendo de tripas corazón, y aguantando un dolor atroz, estiró una de sus patas hasta más allá de lo posible, partió su abdomen de hormiga gigante y casi se dividió por mitosis en dos individuos diferentes, pero logró su objetivo: alcanzar la otra consola. Introducir el código final. Apretar el botón de lanzamiento.

Mientras el misil nuclear salía del silo cabalgando una torre de llamas, el mariscal chilló de felicidad. Había ganado. Había vencido a aquellos monstruos. Maldijo a la estúpidas mutaciones que se habían adueñado del planeta e hizo un último saludo militar: el mundo de antaño estaba paralizado, sumergido en una pausa para el café que lo había detenido durante ocho largos años. Y así seguiría muchos más, se lamentó, pero al fin acabaría poniéndose en marcha de nuevo.

Porque, como los recuerdos del difunto coronel habían constatado, a la Luz sólo habían sobrevivido los insectos.

Sólo los insectos.

Víctor Conde nació en Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias, España), en 1973. Sus referentes clave dentro del género han sido los grandes escritores norteamericanos, modernos y clásicos. Destaca a Arthur Clarke, Dan Simmons y Greg Egan, pero no se alimenta solo de ciencia ficción. La poesía de William Blake o los mundos de geometría oculta de los surrealistas también le fascinan. Se ha inspirado además en autores españoles como Ángel Torres Quesada o Arturo Pérez Reverte Tras ganar el premio Minotauro 2010, ha seguido publicando ciencia ficción y fantasía, alternándola con el género del terror. Con Minotauro publicó en 2011 "Hija de lobos", un relato de horror gótico emplazado en el siglo XIX, y la trilogía juvenil de los "Heraldos" con la editorial Hidra, con gran éxito de crítica. Su novela "Ecos" es Finalista al Premio Celsius de Ciencia Ficción y Fantasía.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: «LA ASOMBROSA HISTORIA DE ENRIQUE Y EL HORROR TENTACULAR DE VENUS», «EL ARCHIVISTA», «EFECTO CAMPO», «EMPALME EN LA CINTA DE MOEBIUS», «YSOBELT Y LOS VISIONAUTAS», «EL ÁGUILA TATUADA», «LA ESCRITORA», «AVENIDA AMONÍACO», «EL BAOBAB DE LAS PALABRAS», «ONIROMANTE»; en Urbys: «LA ÓPERA DE TODOS LOS FANTASMAS», «LA FÁBRICA DE COMPRIMIDOS», «LA FINCA ENTROPÍA», «EL BAR DE SAN JOSÉ 5»

Playlist

Néstor Darío Figueiras

 **ARGENTINA**

Oh, Ramona, if there was only some kind of future.

—"The Heart's Filthy Lesson" - David Bowie

DO

(261,62 Hz.)

Nathan Adler, detective de la División Crimen Artístico, entró en su oficina. Colgó el abrigo mojado en el perchero y encendió las lámparas. Sus ojos aún no se habían acostumbrado a la pálida luz —*¡Benditos sean el Aluminio del cielo y el Mayor, que posee el poder de la aluminotermia!*— cuando vio que Ramona lo estaba esperando.

—Hola.

Él no devolvió el saludo. Después de soportar sus intromisiones durante una semana —quería convencerse de que ya no le dolían esas apariciones repentinas—, descubrió que era más prudente escucharla que dialogar con ella. Así había detectado las primeras redundancias en su discurso. Parecía que la acabada síntesis del psilociber comenzaba a mostrar fisuras. No era una emulación perfecta.

—Qué hosco estás… Pero sabes que tu silencio me excita, Nathan.

Él se instaló tras su escritorio para revisar la correspondencia. Pero ella se acercó con prisa y se sentó encima de los sobres y los papeles desparramados sobre la madera deslustrada, dejando al detective con el abrecartas colgando de la mano. Se quitó los *stilettos* rojos sin usar las manos: un exquisito movimiento de piernas en el que los tendones ondularon bajo la piel.

(Adler casi pudo oír el saxo de Coltrane acompañando aquella delicada

coreografía *odissi*).

El detective observó los contornos del pie que se acercaba a él, envuelto en *lycra* negra. Las medias tenían costura posterior y puntera reforzada. *Iguales a las que usaba Ramona*, pensó. El malparido que había diseñado el psilociber era un verdadero profesional.

Ella le tanteó la entrepierna. Él temió que lo masajeara con ímpetu; si lo hacía, su hermoso pie se desmenuzaría sobre la bragueta de sus pantalones.

Hacía dos noches que Ramona sobreactuaba el cliché de la *femme fatale* que pretende seducir al investigador, lo cual significó una sofisticación. Antes había optado por presentarse desnuda en la cama de Adler, o en la bañera, mientras él se duchaba. La primera vez que sucedió el detective se asustó y cerró los ojos hasta que ella desapareció. La segunda vez la tocó, y al ver que los hombros de Ramona se deformaban bajo la presión de sus manos, que su piel parecía disgregarse entre sus dedos como arcilla reseca, supo que había sido infectado por un psilociber. No había terminado de llorar su muerte y ya algún proyectista de drogas lo tenía entre cejas. Alguien que quería verlo sufrir de verdad: el hijo de puta había diseñado la alucinación con gran fidelidad.

Esa precisión sólo podía ser alcanzada por alguien que hubiera conocido muy bien a Ramona. *Íntimamente*. Ella había sido una de las sacerdotisas-*apsará* de la Iglesia del Arte Hipercíclico, y Adler creía que el proyectista era alguno de esos locos de mierda que comulgaban en la IAH, alguno que la había explorado con esmero durante las orgías rituales en las que Ramona debía dejarse violar por los feligreses. A Adler se le retorcía algo en el pecho cuando el fantasma de Ramona abría sus piernas para mostrarle el lunar que lo había hecho suspirar más de una vez. Era idéntico a como él lo recordaba: de color azulado, engarzado como un zafiro junto al labio derecho, dos centímetros por debajo del nivel del clítoris. Un *nevus coeruleus*. Una misteriosa luna orbitando en torno de ese mundo húmedo y salvaje que él pretendió conquistar cada una de las veces que se había acostado con ella. Ese lunar era como el Aluminio del Mayor, que pendía sobre la ciudad, protegiendo y guiando a sus habitantes.



Ilustración: Pedro Bel

Y el creador del psilociber que lo atormentaba conocía ese lunar tan bien como él.

—Mmm… Las caricias de mi pie hacen en ti lo mismo que tu silencio en mí, Nathan.

Adler tomó el diario y comenzó a leer, ignorando la erección que se agitaba bajo el talón de Ramona, el cual se iba desintegrando conforme aumentaba la presión.

—¡Antes le rogabas a tu *chica nevus* por un masaje de éstos! ¿Qué tienes?

Pero la indiferencia del detective le indicó que no obtendría nada. Enojada, flexionó la rodilla para pisotearle los genitales. Él adivinó su intención y empujó hacia atrás el sillón con ruedas. Entonces ella se desvaneció.

Se preguntó por qué había evitado la patada, si el impacto apenas le habría causado cosquillas. *Por instinto*, se dijo. Pero sabía que lo había hecho por Ramona, para que ella nunca advirtiera que era poco más que un espectro.

Adler analizó una vez más las conjeturas que lo fatigaban cada vez que el psilo le daba una tregua: Ramona Stone no podía haber sido Boğa Canavar, el criminal que había asesinado a la quinceañera Azul Grazia a cornadas. Además estaba seguro de que su *chica nevus* tampoco se había suicidado, a diferencia de lo que se afirmaba en alguna foja del interminable sumario. Él creía que ella había sido una víctima más del Minotauro, y que éste no sólo seguía libre, sino que también había contratado al proyectista que lo estaba torturando.

RE

(293,66 Hz.)

Un pordiosero corre bajo la lluvia. Llega a la esquina y se cuela a empujones en la fila de la parada del bus. Los que aguardan bajo el techo curvo de plexiglás se quejan de su prepotencia y su olor nauseabundo. Algunos prefieren mojarse antes que aguantar el tufo que emana de él y se apartan del angosto refugio. Otros tratan de expulsarlo, gritándole y amenazándolo con los puños en alto. Pero súbitamente todos se apaciguan. Dos o tres caen como muertos en la vereda sucia. Los demás dejan de vociferar y procuran recordar qué hacían allí, buscando algún indicio con la mirada extraviada. Entonces un bus frena en la parada. Sobre el parabrisas, en lugar del destino de su recorrido, resplandece la leyenda "LA 440" perfilada con *leds* rojos, y debajo de ésta, el símbolo del infinito fulgurando en azul. Se abren las puertas en medio de un estridente siseo afinado en cuatrocientos cuarenta hertzios. El pordiosero se aferra al pasamano. El chofer gira la cabeza y lo escruta a través de unos anteojos negros.

—Arriba.

El pordiosero sube y descubre al único pasajero: un astronauta, despatarrado en los asientos de la parte trasera. El chofer cierra la puerta: otra vez el sistema neumático silbando en LA. El vehículo se pone en movimiento. Los edificios y las nubes desfilan sobre el casco del navegante espacial. Por momentos parece que la luz mortecina que envuelve la ciudad naciera de su visor polarizado, o del abultado traje, en el que las insignias de un país inconcebible —una tierra en la que los niños imaginan cosmogonías al jugar— cuelgan de sus costuras.

—¿No es peligroso sacar al viejo de esta forma?

—Él lo quiso. Mi deber es cumplir sus deseos —contesta el chofer.

—*Nuestro* deber.

—No. Mío. El tuyo es cumplir *mis* deseos.

—Okey —el pordiosero levanta las manos, atajándose—. Habíamos acordado una tregua, ¿no?

—Ya —El chofer embraga, empuja la palanca de cambios y pisa con fuerza el acelerador—. Es hora de que Canavar se entregue. La cosa parecía haber terminado con la muerte de Stone, pero ahora ese artista está jodiendo a Adler.

—Canavar le pagó para que infectara al detective con un psiluciber.

—Un psilo de Stone. Canavar lo está provocando. El detective no se quedará de brazos cruzados.

—Ya sabes que no puedo controlar a Canavar. Es inmune a mis avarítmicos. Incluso a los Zensores. Una puta anomalía —se excusa el

pordiosero.

—Cuando él oficie la orgía, deja caer algunas revelaciones enigmáticas entre sus feligreses, para despistarlo. Tal vez con eso deje en paz al detective.

—Dame una razón para seguir entrometiéndome en la IAH.

—¿Desde cuándo sientes remordimiento por interferir en su liturgia? Ahí tienes una razón —Señala con ambos pulgares hacia atrás, e inmediatamente un barquinazo sacude el bus. El pordiosero pierde el equilibrio y cae sobre uno de los asientos delanteros. El chofer toma el volante de nuevo y agrega—: Hay que impedir que el viejo salga de estasis.

Las imágenes que fluyen sobre el casco del astronauta se van desdibujando en un borrón continuo. A través de la luneta del bus se puede ver que un fulgor rojizo cae sobre el tránsito rezagado. En la parte frontal, destellos azulados se rompen en mil pedazos al ser refractados por las gotas de lluvia. Los limpiaparabrisas empujan inútilmente ese caleidoscopio que no cesa de multiplicarse sobre el cristal y que es plagiado por los anteojos del chofer.

—¿Apurando esta lata muerta a velocidades cuasilumínicas mantienes estabilizado al viejo? —pregunta el pordiosero desde el piso.

—Estamos pasando cerca de un objeto supermasivo. Hay que aprovechar la asistencia gravitatoria. A él siempre le gustó la velocidad.

—Aún no entiendo cómo aseguras saber lo que quiere.

El chofer lo mira a través del espejo retrovisor. Si no usara lentes para sol, el pordiosero —que finalmente logró sentarse en el primer asiento de la fila situada detrás del volante— podría ver cómo su expresión se endurece.

—Se comunica conmigo por medio de los protofasones que emite su mente, pero es imposible saber cuándo se extinguirá la actividad encefálica. Hay que hacer lo que pide con diligencia. Mejor sería si pudiéramos anticipar lo que quiere, para impedir que despierte y hable innecesariamente.

—*¿Pudiéramos?* Dijiste que él es *tu* responsabilidad.

—Así es. Yo me ocupo de su supervivencia y de la nave, pero tu labor es gobernar la ciudad, para que nada lo sobresalte. Una disonancia sola no destruirá la estasis, pero los actos de Canavar generan múltiples armónicos, todos muy cercanos a la Fundamental Acústica.

—Puta Fundamental de la que nos hemos vuelto esclavos.

—Que nos mantiene con vida.

—Gobernar es cada vez más difícil. Los ciudadanos se resisten a ser

manipulados, aunque no sepan contra qué luchan.

—Ellos también subsisten gracias a la esclavitud, pero no deben saberlo. La tendencia de los seres sentientes a la rebelión es una variable que conocemos desde el principio. Tú te resistes a mí. Incluso el viejo se rebela: creó todo esto para protestar ante la muerte.

—¿Y tú? ¿A qué te resistes?

Ahora el parabrisas del bus parece una lente ojo de pez de bordes azulados.

—A los futuros, en tanto me sean impuestos.

—¿Ya *viste* que Canavar trastornará al viejo?

—No. Trastornará a Adler. Lo que nos pone en riesgo a todos es la furia del detective.

—¿Podremos evitar el colapso?

—No lo sé. Sólo preveo líneas probabilísticas.

—Okey, estamos juntos en esto. Deslizaré algunos signos equívocos entre los hipercíclicos y veremos qué pasa.

Satisfecho, el chofer pisa el freno. La desaceleración del bus es inmediata. El caleidoscopio azulgrana se disipa y el gris turbio del cielo vuelve a cubrirlo todo. El siseo en LA crece hasta que las puertas plegadizas se abren por completo.

—Confunde a los habitantes de esta ciudad antes de que sea tarde, VerbasAIser.

El pordiosero desciende del bus y se guarece del chaparrón bajo un toldo de franjas blancas y verdes. Entonces se ve a sí mismo, un mendigo que corre hacia la parada y se abre paso a empujones entre los que se resguardan bajo el plexiglás. Se estremece cuando algunos se apartan de su doble, haciendo mohines de asco, y cuando ve cómo otros le gritan amenazas, hasta que uno de ellos se atreve a golpearlo en el rostro. Ésa es la chispa que enciende al resto: una lluvia de puños cae sobre su gemelo. Una vez que lo derriban, lo patean hasta dejarlo inconsciente.

Aunque no quiere admitir que la escena lo asustó, huye.

¿Querías mostrarme uno de esos futuros probables?, piensa, y rebusca algo en sus ropas con manos temblorosas. *Uno en el que me habrían hecho mierda. La tendencia de los seres a la rebelión, ¿no, EnobrIAn?*

Maldice por lo bajo cuando descubre que no tiene su paquete de cigarrillos. *Lo perdí cuando trastabillé en el bus*. Frenético —los cigarros de cálculo son su nhumograma preferido—, cambia de rumbo y se dirige a la quema de basura, en los baldíos ubicados detrás de la última estación del

ferrocarril. Para regresar a sus dominios tendrá que efectuar los cómputos recurriendo a las volutas de otro humo. A cada paso está más convencido de que EnobrIAn también planificó el bandazo que lo hizo caer. *Hijo de puta.*

MI

(329,62 Hz.)

Reclinado sobre el mostrador, Algeria Plačdotyk miraba la puerta de su tienda, deseando que algún cliente entrara. El anciano estaba harto de escuchar el tamborileo de la lluvia sobre el toldo de lona bicolor. Como si no bastara que los objetos que él ofrecía tuvieran un mercado reducido, llovía sin parar. Una y otra vez revisaba su cuaderno de hojas amarillentas, con la esperanza de descubrir alguna omisión. En los últimos días sólo había vendido una copia del orinal florido de Dugan-Bauer, el brazo izquierdo y los senos de un maniquí para rituales, unos litros de formol, un cubo Lemarchand-Rubik y un kilo de arcilla. Los ingresos habían bajado notablemente y la gente solía bromear con que la inflación alcanzaría al Mayor y su Aluminio. En sus setenta y ocho años nunca había visto una crisis tan grave. Ahora eran pocos los que podían gastar en antigüedades, talismanes, extraños objetos esotéricos y otras bagatelas.

—El negocio se va a la mierda —dijo, suspirando.

—En tanto yo tenga trabajo, seguiré alquilándote la habitación, Algie.

Plačdotyk se volvió y vio a Wally Domburg bajando por la escalera caracol.

—¿Y alguna vez me dirás en qué consiste ese misterioso trabajo tuyo?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿No te basta con que pague puntualmente cada mes?

—No me quejo. Pero soy curioso.

—Ya te dije: soy un *freelancer* dedicado a cierto tipo de arte.

—¿Sabías que el término *freelancer* fue acuñado por Walter Scott en “Ivanhoe”?

—¿“Ivanhoe”?

—Aprende, querido: “Ivanhoe” es una de las más célebres novelas

históricas sobre caballeros medievales. *'Freelancer'* es un eufemismo de 'mercenario'.

—¿Me consideras un mercenario?

Plačdotyk se acercó a la escalera.

—Mi mercenario, sí —Se tomó de la balaustrada de metal y, sometiendo sus delgados huesos a un esfuerzo excesivo, se puso en puntas de pie para alcanzar a Domburg, que seguía parado sobre el penúltimo escalón. Susurró:

—Ojalá que la paga de la renta siga incluyendo las visitas nocturnas a mi lecho.

Plačdotyk se estiró para llegar a la boca de su inquilino, quien a su vez se inclinó y le correspondió con suavidad. Fue un beso carente de lujuria, pero no por ello desapasionado. Cuando se separaron, Domburg sentenció:

—Hasta que nos descubran los Zensores. Nos llevarían por putos. Pero a mí se me imputaría el cargo extra de gerontofilia.

—Imbécil… En mi caso no aplicaría la carátula de pedofilia porque tú eres un cuarentón maltrecho—. Y apretando los dientes, Plačdotyk agregó—: Me cago en los Zensores. Ojalá se los pudiera sodomizar y desmembrar luego. Hace décadas que esquivo a esos *pisachas*. Si no pudieron atraparme cuando me acusaron de la muerte de Grazia…

Un ruido lo interrumpió. Dio la vuelta, con ansias de ver a un cliente abriendo la puerta. Pero el optimismo, que había empezado a estirar las arrugas de su rostro, se esfumó cuando notó que un pordiosero se había apoyado de espaldas en la vidriera.

Los Zensores, pensó; y el corazón se le aceleró. Domburg, aún en la escalera, lo abrazó.

—Tranquilo. No es nada.

El indigente movió la cabeza hacia uno y otro lado, y luego contempló el tumulto que estaba teniendo lugar en la parada del bus. Finalmente se marchó a paso vivo.

Plačdotyk se soltó de las manos de su amante y pasó al otro lado del mostrador. Vio a través de la puerta cómo una decena de personas aporreaba a alguien bajo la lluvia, el cual se revolvía bajo una andanada de puntapiés. Cuando dejó de moverse, los atacantes se dispersaron. A pesar de las manchas de sangre, Plačdotyk notó que la víctima usaba la misma ropa que aquél que había huido hacía unos segundos.

—Algie, ¿desde cuándo los Zensores golpean en lugar de hablar?

—Es al revés: acabamos de ver cómo noquearon a un Zensor y asustaron a otro.

—Eso es imposible.

—Tal vez ya no lo sea. Escucha mi teoría: en la parada, alguno descubre que el mendigo fue poseído y mediante una taumaturgia nueva retiene al Zensor en su cuerpo. Alerta a los demás, y las personas vuelcan en él la furia que sienten hacia esos interventores catequistas del gobierno. Pero antes de que lo ultimen, el *pisacha* proyecta el *linga-sharira* del indigente y huye en él. Por eso vimos dos mendigos iguales. En realidad, el que escapó era el cuerpo astral del primero.

—Bueno, no sería absurdo suponer que alguien haya inventado una forma de paralizar a los Zensores. ¿Sería algo similar al método que se emplea para otorgar sustancia a los psilocibers? Si existiera algo así podrías realizar tu deseo.

Plačdotyk miró a su inquilino.

—¿Eh?

—Sodomizar y desmembrar a algún *pisacha*. Si es que no se fuga en el cuerpo astral del huésped, claro.

—Cosas que uno dice cuando está irritado.

—A propósito, Algie: necesito más psilocibina.

—El arte secreto al que te dedicas, ¿eh?

Domburg asintió con un ligero movimiento de cabeza.

—Es evidente que haces drogas de diseño, Wally. Y aquí tienes a mano todo lo que necesitas, ¿no? Sin gastos, la ganancia es del cien por cien. Negocio redondo.

—Qué…

—No me tomes por estúpido.

—¡Algie!

—Shhh. Te quiero. Y tú me das algo parecido al afecto. Lo disfruto, sí. Pero si consigues llegar a mi edad, verás que de viejo uno no se enamora como cuando era joven. De viejo te reservas una cuota de perfidia, para la autodefensa. A esta altura se llevan demasiados callos por dentro como para intentar siquiera algo parecido a una entrega incondicional. Por eso, no jodas conmigo. Por el bien de los dos.

Domburg tardó unos segundos en encontrar las palabras.

—Algie, yo también te quiero. Por eso es mejor que no sepas cómo me

gano la vida. Y te aseguro que no estoy aprovechándome de ti.

—Voy a creerte. No volveré a preguntar.

—Gracias —Domburg probó una sonrisa tímida—. Sólo una cosa más: es muy probable que alguien venga a comprar un catalizador de ectoplasma.

Plačdotyk esperó en silencio.

—Eso.

—Y una mierda. No terminaste.

—No. Bueno… —carraspeó—. Sé que el negocio está atravesando una mala racha, pero necesito que no se lo vendas.

El dueño de la tienda se tomó la cabeza y suspiró.

—Como digas, mi mercenario —y le guiñó un ojo.

Aliviado, Domburg intentó una broma:

—Yo no sabré nada acerca de esa novela de caballeros… pero ¿conoces tú cuál es el disco en cuya portada aparece un animal que lleva tu nombre?

—No —mintió el viejo.

—"Animals".

Plačdotyk no dijo nada. Ahora el golpeteo de la lluvia sobre el toldo se le antojó un metrónomo, cuyos clics extraviados disimulaban el rasgueo de una guitarra acústica medio desafinada. *Me comparaste con un cerdo*, pensó, y volvió a acomodarse detrás del mostrador. Se preguntó quién podría querer un catalizador de ectoplasma, y si valía la pena perder una venta tan importante por Wally.

FA

(349,22 Hz.)

La llovizna barrosa untaba las calles. Caminar por la ciudad no sólo implicaba sortear mierda de perro y bolsas de basura. Las obras públicas se habían multiplicado: dos o tres boquetes por cuadra, cercados con vallas de madera. En los agujeros se afanaban ciudadanos poseídos por *pisachas*, aun durante la noche, aunque las excavaciones sólo removieran arcilla y nunca revelaran tuberías o cimientos.

Oculto en las sombras, Adler esperó a que se abrieran las altas puertas de la

IAH y se despidieran los devotos que salían del recinto. Al observarlos, detectó los efectos de la ceremonia en sus rostros extasiados. Resopló.

Por la mañana habrá todo tipo de performances carniceras para cotejar y tendremos que distinguir entre fluxuicidios, ensamblajes de body cut-up, amputacinéticos, dadasinatos y simples y burdos homicidios…

En los faroles bailaban llamas de aluminotermia, alargando las sombras de los feligreses sobre el asfalto húmedo. Antes de que el rebaño se diseminara por las calles, Adler identificó a Leon Blank. Lo siguió sigilosamente durante cuatro o cinco cuadras, hasta que el hipercíclico se metió en un pasaje oscuro. El detective llegó al cruce a tiempo para ver cómo se agazapaba en una ochava, e hizo lo mismo detrás de un contenedor de basura, mientras en algún lugar sonaba una y otra vez un solo de Chuck Berry. Media hora después, el único farol del callejón fue revelando a un hombre muy delgado que avanzaba con paso resuelto. Su torso desnudo y sus brazos estaban segmentados por líneas tatuadas que indicaban cómo quería que se efectuaran los cortes: se trataba de un adepto del *body cut up* que prefería entregarse a un hipercíclico antes que hacerse rebanar por una sierra automática programada por él mismo.

Un fluxuicida cobarde, pensó el detective. *¡Bendito sea el Mayor! Si dependiera de mí, encerraría a todos estos chiflados.*

Cuando el hombre tatuado llegó a la ochava, Blank le salió al encuentro, alzando una enorme cuchilla dentada. El hipercíclico y el fluxuicida se miraron y cruzaron algunas palabras, que Adler no llegó a entender porque una seductora voz susurró en sus oídos:

—Aunque quisiera, no podría respetar las líneas con esa cuchilla de medio metro, Nathan. A Leon le agrada la desmesura. Es un bruto. En las orgías nos maltrataba a todas.

Se volteó y vio a Ramona, que vestía como una sacerdotisa-*apsará*. Lucía una diadema, aretes y collares, y un sari traslúcido se ajustaba a su silueta. A Adler no le preocupó su aparición, ya que sólo él podía percibirla. Y su comentario, en lugar de irritarlo, le dio una pista. Rompiendo la promesa que se había hecho a sí mismo, le habló:

—Entonces Leon no es un amante tierno —dijo en voz baja.

—¿Tierno? ¡Es un eyaculador precoz, grosero y egoísta! Todo lo contrario a ti. ¿Qué harás con él?

Pero Adler había devuelto su atención al hipercíclico, quien ya moldeaba su obra a pura cuchillada.

—Lo menos que se merece es que lo encarceles —pidió Ramona.

El detective abandonó su escondite antes de que Blank terminara el descuartizamiento.

—*¡Castiga a ese degenerado!*

Adler sacó su pistola de la sobaquera y avanzó.

—*¡Sí, Nathan! Un balazo en la cabeza de ese hijo de puta estaría bien.*

—¡Alto! ¡Policía! —gritó el detective al mismo tiempo que mostraba su identificación.

—¿Eh? ¿Qué mierda…? ¿Adler? —Blank, bañado en sangre, soltó la cuchilla, que quedó clavada en el hombro izquierdo del fluxuicida: estaba cortando los ligamentos de la cintura escapular—. ¡No estoy cometiendo ningún crimen! ¡Este hombre acordó conmi…!

—Silencio, Blank. No voy a arrestarte. Necesito respuestas.

—*¡Nathan! ¡Si lo dejas con vida creeré que ya no me amas!*

El detective se volvió hacia la voz que chillaba a sus espaldas:

—¡Basta!

El grito de Adler ahuyentó a Ramona e hizo sonreír a Blank.

—Enojado, ¿eh? Parece que un psilo te está perturbando.

El detective apoyó el cañón de la pistola en la frente del hipercíclico.

—Sé que tú no me infectaste. Pero me vas a decir a quién le pagó Canavar para que lo hiciera.

—¿Cómo sabes que no fui yo?

—Nunca hubieras podido diseñarla con tanto detalle.

—Bueno, es cierto que apenas le prestaba atención cuando se la daba por el culo…

Adler le desinfló el estómago de un rodillazo.

—¿Quién fue, hijo de puta?

Doblado en un charco de sangre, Blank jadeó uno o dos minutos.

—A la mierda contigo, Adler. Como bien dijiste, soy inocente, al igual que lo fui cuando asesinaron a Grazia. Déjame en paz. El brahmán de la IAH nos protege.

—Tendré que conversar con él.

—No podrá atenderte. Está muy ocupado tratando de discernir unos augurios confusos que hemos recibido durante el último culto.

—Conseguiré su atención de alguna forma.

El hipercíclico logró ponerse de pie.

—Adler, todos están convencidos de que Stone fue el Minotauro, el verdugo de esa chica. No podrás cambiar eso.

Aferró el mango de la cuchilla, que seguía hundida en la carne del fluxuicida. El silencio del detective lo animó a proseguir con la faena. Agregó:

—Das lástima, Adler. No debería hacer esto, pero… Consigue un catalizador de ectoplasma y dale corporeidad al psilo. Pregunta en lo de Plačdotyk. ¿Te acuerdas? El viejo puto que también estuvo en la rueda de sospechosos —explicó, al mismo tiempo que arrancaba el brazo del fluxuicida—. Tal vez te cambie la cara cuando tu novia y tú puedan volver a fornicar.

SOL

(391,99 Hz.)

Un ascua ardiente aparece en el templo vacío de la Iglesia del Arte Hipercíclico, un cigarrillo que flota en la oscuridad. Las espirales de humo esparcen una cascada de *bits* que se aglomeran hasta que la figura de un vagabundo se materializa, partícula por partícula. Complacido de poder trasladarse a la ciudad empleando sus nhumogramas habituales, VerbasAIser ensayó una trayectoria que lo situara en una línea probabilística paralela a la que seleccionó EnobrIAn. Sabrá que ha tenido éxito si comprueba la veracidad de la hipótesis que elaboró durante su largo camino hasta la quema de basura.

Rodea el altar y se dirige a una de las dependencias posteriores del santuario. Se asoma a una puerta entreabierta y descubre a un hombre que está parado frente a un espejo: el brahmán de la IAH. Aunque lo cubre la blanca túnica sacerdotal, la contraluz de las lámparas que flanquean el espejo revela su cuerpo enjuto y medio encorvado. El brahmán se quita la mitra adornada con bordados de oro y se agacha para ubicarla sobre una cómoda, junto a una cabeza de toro embalsamada y un casco de astronauta. Acomoda sus cabellos grises con ambas manos y exclama:

—¡Finalmente eludiste a EnobrIAn! No es poca cosa burlar a quien te creó —dice. Toma la máscara taurina y mete su cabeza en ella. Luego aplaude, sin dejar de mirarse al espejo—. Hasta recuperaste tus cigarrillos. ¡Bravo!

—Yo tenía razón.

—Lógicamente. ¿Desde cuándo una inteligencia artificial no la tiene? EnobrIAn tampoco se equivoca. Fueron hechas para no fallar. Ésa es su única tara.

—¿Quién hizo a EnobrIAn? ¿Tú, viejo?

—No. La diseñaron los que construyeron esta "lata muerta", como te gusta llamar a nuestro vehículo. La explosión la estimuló, y gracias a las mejoras que hizo en el sistema de soporte vital, sobreviví. Creció por sus propios medios, y en algún momento, te necesitó.

—EnobrIAn no sabe que tú eres Canavar. Pero lo descubrirá cuando se dé cuenta de que me perdió de vista.

—Exacto.

—¿Por qué introdujiste una paradoja, viejo?

—Entiendo que haberle pedido a EnobrIAn que te exija detener a quien es capaz de arruinar la Fundamental Acústica, cuando soy yo quien encarna ese peligro, puede parecerles una paradoja, aunque yo no lo vea del mismo modo. Tengo mis motivos para hacer esto.

—La tendencia de los seres vivos a la rebelión.

—Se puede expresar de esa forma. Todos los edificios, las calles, los parques, las veredas y cada una de sus baldosas cachadas; desde el centro hasta los basurales de los suburbios apenas bosquejados; la luz macilenta que emana de la efigie de esta nave, la cual permanece suspendida sobre la ciudad y sus habitantes como un sol; cada una de las gotas de la lluvia incesante; cada una de las minucias que llenan los intersticios de las vidas ficticias que esperas controlar a través de tus avatares algorítmicos, exorcizados como si fueran demonios-*pisachas*; los desamores, el regocijo, las engaños, los orgasmos, la religión, las caricias, los crímenes, la magia y el arte… Cada uno de los pasos que dan los seres que trajinan en esta urbe. Todas las cosas que fui articulando sobre un andamio de frecuencias equilibradas; una ilusión de tiempo discurriendo sobre la fluencia de los armónicos de la música que me acompaña desde el despegue…

»Ningún hombre ha viajado más lejos que yo. Ahora todas esas cosas no me sirven. Al principio, sí: crearlas y empujarlas a la existencia fue la forma de mantenerme a flote, después de emerger del dolor. Una vez pensé que esta ciudad que he levantado es como el invernadero de Lal Bagh. Retengo algunas imágenes vagas de mi Bangalore natal: los laboratorios asépticos del ISRO, las largas partidas de críquet… Son despojos en mi memoria. Pero hay algo que recuerdo con claridad: la ansiedad que me

abrumó durante la víspera del despegue de la Chandrayaan. Ahora vuelvo a sentir ese mismo anhelo de saltar al vacío. Así como aquella vez nunca hubiera podido imaginar que una explosión me arrojaría a la semivida, ahora tampoco puedo vislumbrar lo que sucederá mañana. ¡Hacía tanto tiempo que no sentía el placer de la incertidumbre!

—Estás despilfarrando protofasones, viejo.

—Me sublevé ante la muerte. Ahora lo hago frente a la semivida.

—Te quieres librar de nosotros.

—Ya verificaste tus suposiciones. Enciende uno de tus cigarrillos y regresa. Los Zensores y todos tus avarítmicos tendrán mucho trabajo. Una cosa más: aunque inservibles, los presagios que dejaste caer en el servicio de hoy fueron originales.

LA

(440,00 Hz.)

Bajo un aguacero torrencial, Boğa Canavar marchó por las calles plagadas de baches, dispuesto a extinguir sus últimos protofasones. La túnica empapada se le había pegado al cuerpo, y sobre él, la desproporcionada cabeza de toro oscilaba con ferocidad. Su figura había adquirido una levedad fantasmagórica. Miró con agrado las muchedumbres que se habían concentrado en las esquinas. *Envía a todos tus avarítmicos, Mendigo. Toda tu mierda controladora.* Los habitantes de la ciudad se congregaron a pesar de que a esas horas de la noche los artistas hipercíclicos rondaban con cuchillos, hachas y sierras. Los había convocado un rumor esperanzador: era probable que hubiera una forma de inmovilizar a los *pisachas* dentro de sus huéspedes. Algunos miraban fijamente a los obreros poseídos que, vanamente, seguían cavando zanjas en el barro. Otros escuchaban a los Zensores que ya habían usurpado las bocas de algunos manifestantes:

—Ciudadano: no lastimes a nadie con lo que te causa dolor a ti mismo.

—Ciudadano: estamos en este mundo para convivir en armonía.

—Ciudadano: en cualquier batalla pierden vencedores y vencidos.

Las miradas recelosas se cruzaban, aguardando una señal. Pero nadie prestó atención al Minotauro, nadie percibió los estridentes *glissandos* de piano que se colaban entre los truenos, armónicos ilícitos que desbarataban la

Fundamental Acústica y zarandeaban la ciudad.

Nadie sospechaba que el Mayor había bajado del cielo.

Canavar llegó a la tienda. La cerradura había sido forzada. Empujó la puerta entreabierta y en el claroscuro de los relámpagos y la aluminotermia moribunda distinguió a Adler, quien sostenía su pistola a centímetros de la cabeza de Plačdotyk. El anciano estaba en cuclillas, arrinconado contra uno de los exhibidores.

—Adler.

El detective de la División Crimen Artístico vio la silueta taurina y se estremeció. Las preguntas se amontonaron en su boca, pero sólo para dejarlo mudo. Apuntó a la testa cornuda. La pistola temblaba en su mano.

Canavar levantó los brazos.

—Viniste por la sugerencia de Leon, ¿no? Deja en paz a Algie: le hicieron prometer que no te daría el catalizador.

—Por qué mataste a Ramona. Por qué la trajiste de vuelta.

—Pero ahora arreglaré eso y podrás usarlo.

—¡Contesta, hijo de puta!

—Olvidas a Azul Grazia. Y lo que padecieron Algie y Leon al ser incriminados. Sólo te enfocas en tu dolor. Este es el tipo de egocentrismo que corrompe las sociedades, la verdadera entropía. Y EnobrIAn y VerbasAIser, en su omnisciente estupidez, no lo ven —Canavar se acercó con cautela—. ¿Por qué lo hice? Porque tu amargura nos liberará. Baja el arma. Hazle caso a Leon. Es lo mejor. ¿Qué deseas más que estar con Ramona? Acariciarla sin que se deshaga, apretar su carne firme. ¿No te gustaría sentir su aroma otra vez? ¿Volver a juguetear con ese lunar suyo?

El detective se arrodilló y dejó la pistola en el suelo. Se llevó las manos a la cara para sollozar. Canavar hizo un gesto a Plačdotyk:

—Trae el catalizador. Ahora mismo me haré cargo de Domburg.

El dueño de la tienda gimió.

—¿Lo lastimarás?

—Algie, Algie… No haré nada que no hayas pensado hacer tú. La única diferencia es que yo usaré estos cuernos. Además, no terminé de pagarle el estupendo trabajo que hizo —Y al pasar por detrás del mostrador, agregó —: Él no te merece. Sabes que te usó. ¡Y ahora ni siquiera ha bajado para defenderte! Prepara el dispositivo mientras me ocupo de él. Al terminar con el sufrimiento del detective, terminaremos con el sufrimiento de todos.

Plačdotyk contempló a Canavar subiendo la escalera caracol y un escalofrío lo sacudió. Forzando sus miembros entumecidos, se incorporó y fue hacia el depósito. Volvió con una caja de madera llena de diales y se arrodilló junto a Adler. El detective balbuceaba.

—*No vengas ahora, Ramona. No vengas…*

—Supongo que debería disculparme por lo que hizo Wally… Se ve que el psilo lo ha hecho sufrir.

Indiferente, Adler siguió murmurando.

—Usted ama a esa mujer, ¿no? No desaproveche esto —y señaló el artefacto que llevaba debajo del brazo—. Lo que pasa ahí afuera… Todo se fractura. Es como si el mundo no pudiera seguir en pie un día más. Con esto tal vez pueda ser feliz por un momento.

Tres o cuatro gritos desgarradores silenciaron los ruegos de Adler y afligieron a Plačdotyk. Poco después, Canavar salió de la habitación de Domburg y se detuvo a mitad de la escalera. La sangre fresca goteaba de sus cuernos, manchando la túnica de brahmán.

—Deberías agradecerme, Adler: acabo de componer un magistral dadasinato con el hipercíclico que conoció a Ramona tan bien como tú —al escuchar esto, y a su pesar, Plačdotyk sintió que los ojos se le humedecieron—. Y ahora le devolveré la carne a tu *chica nevus*.

Extendió un brazo hacia la puerta de la habitación. Ramona cruzó el umbral y tomó la mano que Canavar le ofrecía. Bajaron juntos. Ella aún vestía como una *apsará* del templo. El llanto le había corrido el maquillaje. Era frágil y hermosa.

—Ramona, querida, lamento por lo que tuviste que pasar —se disculpó Canavar—. Si sólo hubiera un futuro… ¡Siempre fuiste la más dulce de las ninfas de Indra! —Se volvió a Plačdotyk—. Algie, te toca el privilegio de encenderlo.

Sobrecogido, el dueño de la tienda giró los diales de la caja.

En las calles, muchos percibieron una variación; tal vez el aumento del ozono en el aire tormentoso —lo que irritó sus ojos y narices—, tal vez una voz secreta que resonó en sus cabezas. Fueron los primeros en lanzarse sobre los que habían sido invadidos por *pisachas*. Los avarítmicos siguieron predicando con sus voces apáticas, aun cuando descubrieron que no podían escapar de los cuerpos donde se habían alojado. Los ciudadanos los lincharon, y luego, enfebrecidos, se volvieron unos contra otros.



Ilustración: Pedro Bel

El Mayor sintió que los últimos protofasones se llevaban consigo toda la semivida que le quedaba. *Nataraja, he aquí la música para tu danza.* Al quitarse la cabeza de toro se tambaleó.

—Vamos, Algie.

Los dos ancianos salieron afuera para ver cómo los últimos faroles se apagaban. Los terrones arcillosos de las zanjas se desgranaron hasta hacerse intangibles y el agua que había inundado las obras fue drenada en el vacío.

Las disonancias despedazaban la ciudad al mismo tiempo que Nathan Adler y Ramona Stone se abrazaban y besaban sobre el suelo de la tienda.

SI

(493,88 Hz.)

A toda velocidad, el pecio continúa adentrándose en las simas entrópicas de la materia oscura. En el casco congelado apenas se leen algunas inscripciones: *Chandrayaan-10*, y debajo *Indian Space Research Organisation*. En el interior, sujetándose al *hardware* que aún sigue operativo, dos inteligencias artificiales se canibalizan mutuamente. El piloto, Mayor Suraj Panjabi, acaba de morir, después de una dilatada agonía. Todo el honor póstumo que recibe es la perpetua reproducción de una *playlist* con sus canciones favoritas.

Néstor Darío Figueiras nació en 1973 y es músico, aunque sueña con conectar el universo de la ciencia ficción con el de las melodías y sonidos, hasta el punto que ha afirmado que algunas de las creaciones del *Hacedor de estrellas* de Stapledon son universos musicales. Ya veremos qué razones

lo asisten para afirmar tal cosa. Pero estamos seguros de sus progresos como narrador, prueba palpable de que el taller de Creación de Universos de Carletti y Alonso, al que Néstor asistió, era cosa seria.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: «RUMORES», «TRAICIÓN», «HASTÍO», «ABUSO DE LOS FX EN EL CINE EXTRANJERO», «DREAMTHEATRE», «REALITY», «MISIÓN DIPLOMÁTICA»

Želva

Néstor Darío Figueiras

ARGENTINA

Organizarnos nos tomó un año entero. Un año para olvidar… Pero todos sabemos que es imposible borrar las cosas que hemos vivido desde la implosión.

Un gruñido en los parlantes. Dejo de tipear, guardo el documento y bajo el monitor de mi *laptop* maltrecha para observar las pantallas de vigilancia. Las cámaras muestran a un Vader arrastrándose sobre el reseco césped de la plaza Éxodo Jujeño. Quiere subir por Gándara hasta el centro. La resistencia de los monstruos sigue aumentando. Ninguno de ellos había llegado tan lejos. De todos modos, éste se ve bastante mal. Aúlla al sol y va dejando jirones de piel mustia en el pavimento. Se morirá en la calle.



Ilustración: FRAGA

Sin embargo, llegará el día en que podrán alcanzar el refugio.

Antes compadecía a los Vaders —o Empolvados, como les dicen algunos—. Ya no. Son unos reverendos hijos de puta que nos quieren despedazar a mordiscones. Así de sencillo. Alguna vez traté de convencerme de que todos ellos fueron, ni más ni menos, los que le hicieron el juego al Gobierno, los que creyeron que la implosión era mejor y no vieron que estaban

poniendo en riesgo la civilización. Pero la verdad es que muchos de los que pedían la demolición manual también están allí afuera, metamorfoseados, infestando la superficie, buscando asesinarnos para ofrecer sacrificios a las entidades de Fuegos Fatuos. Y por otro lado, en nuestras filas hay algunos que votaron por la implosión. A pesar de nuestra manía de pasarlo todo a blanco y negro, la Historia sigue abrumándonos con miles de tonalidades de gris. Por ejemplo, ahí tenemos a Želva, quien dice haber elegido la implosión en el plebiscito, tan hermosa, tan extraña como su insólito poder. Ella apareció un mediodía de septiembre, como por arte de magia. Golpeó las puertas del bunker *hasta que logró despertarnos. Nadie puede explicar su peculiar condición, ni hemos encontrado a otro que la compartiera. Su voluptuoso cuerpo es inmune a la mordida de los Vaders, lo que la ha convertido en nuestra mejor luchadora. Con sus caderas y tetas de heroína de* comic *,apenas armada con un machete, sale a plena luz del día a buscar comida, ropa o municiones, y siempre vuelve ilesa. Sin embargo, nunca quiso aceptar el liderazgo de los* Loosers. *Incluso cuando el mismo Lucho le pidió que lo suplantara.*

Una alteración en el aire. Cierro la *laptop*.

—Siempre escribiendo vos.

Hablando de Roma. Su singular aroma me llegó antes que su voz.

—Sí, para despuntar el vicio. ¿Vas a salir? Los demás siguen durmiendo.

—Sí. Ellos descansan. Vos escribís. Y yo reviento Empolvados.

Touché.

—Hay uno a dos cuadras. Está medio muerto —digo, y señalo la pantalla que muestra el cuerpo marchito.

—Sí. Quiero interrogarlo antes de que se deshaga.

Me doy vuelta y me atrevo a mirarla a los ojos. Negros y deslumbrantes, como su pelo, que se despliega en suaves ondulaciones sobre los hombros desnudos. Hoy luce ropa de *gym*: el *top* no alcanza a contener su pródigo busto. Me descubro hipnotizado por el *tatoo* que adorna la naciente de su seno izquierdo y un calor me sube por las mejillas. Digo lo primero que se me cruza por la mente, como para salir del paso:

—Supongo que lo hablaste con Lucho.

Su sonrisa me desarma.

—Sí. ¿Por qué no lo haría?

—Vos podés manejarte como quieras. Él te da completa libertad.

—¡Ja, ja, ja! Sabés que no es así. Tenemos que ser disciplinados si queremos subsistir. Seguí escribiendo: es importante que otros sepan lo que está pasando aquí.

—¿Hay sobrevivientes en otros lugares?

—No es eso lo que querés preguntar. Querés saber qué significa mi tatuaje.

—No, yo… Sí.

—Es una tortuga. Y el mundo descansa sobre su caparazón.

—Ajá.

Me sonríe otra vez, da media vuelta y sube por la escalera caracol que se enrosca hasta las puertas blindadas del *bunker*. Una vez que me libero del hechizo de ese hermoso trasero enfundado en *lycra* negra, continúo escribiendo:

Akupera. La imagen que bordea su escote es la de Akupera, la tortuga que sostiene al mundo. Todo encaja. Ahora sí tendrán que creerme. Želva es la única que puede vencer a los Vaders. Ella vino del Macrocosmos para ayudarnos.

—¡Lucho, Lucho! ¡Despertate!

—¡La puta madre, Santiago! Todavía no terminó tu turno de vigilancia —rezonga, bizqueando frente a su reloj—. ¿Qué pasa ahora? Patrullé toda la noche sin parar. Necesito dormir.

—Vení a ver. Es Želva.



Ilustración: FRAGA

El fastidio que había en su mirada se convierte en incredulidad al observar a Želva en las pantallas, completamente desnuda, montando frenéticamente al Vader moribundo. Lucho y yo permanecemos en silencio al escuchar los gemidos y gritos que brotan de los parlantes. Cuando ella deja de retorcerse, agitada por las convulsiones, arranca el corazón marchito del monstruo con las manos y lo devora, dejando que la sangre biliosa caiga sobre sus increíbles pechos. Luego se viste, empuña su machete y camina por Gándara. Toma Berlín y sigue su trazado circular hasta Ávalos. Una vez que llega a Avenida de los Incas la perdemos.

—Te digo que es así, Lucho. Escuchame: siempre aceptaste mi teoría acerca de la infección por medio del polvo que levantó la implosión de la cárcel de Caseros.

—Me pareció probable. El polvo, la contaminación, los transgénicos, los agrotóxicos… ¡Qué sé yo! Podría haber sido cualquier cosa. O la suma de todo eso.

—El edificio original de la cárcel, la Casa de Corrección de Menores Varones, fue diseñado en 1870 por un grupo de arquitectos al mando de Pedro Benoit, un francmasón consagrado.

—Cortala con esas boludeces, ¿querés?

—No son boludeces. Benoit también diseñó la ciudad de La Plata. Sabés que ese esquema de diagonales esconde el número áureo, la *vesica piscis* y la mandorla, todas señales de orientación para los demiurgos del Macrocosmos. El tipo tenía relación con poderes que están más allá de nuestra comprensión. Te digo esto porque en la cárcel de Caseros también había algo. Algo que creció cuando Videla inauguró los pabellones nuevos, en plena dictadura.

—¿Qué cosa?

—Una fuerza maligna, lo que posee a los Vaders. Un poder que impregnó las paredes de las celdas, alimentándose de la angustia, la furia y la crueldad que llenaban esos recintos en donde nunca se alcanzaba…

—¡Nombralo, dale!

—…la redención. Cuando demolieron las instalaciones, el polvo, que portaba esta semilla maligna, se metió en las personas, convirtiéndolas en los engendros que hoy nos cazan.

—¡Cagón! No querés decirlo.

—¿Y vos? ¿Por qué no lo nombrás vos? Si pensás igual que yo. Por eso nos trajiste a Parque Chas. Sabías que acá estaríamos a salvo. A los entes de Fuegos Fatuos les repele este laberinto circular: los diagramas curvos y la

noche los debilitan. ¡Lo dilucidamos juntos, leyendo los libros! Pero ahora dudás de lo que alguna vez creíste. Más cagón sos vos.

Un dejo de vergüenza asoma en los ojos de Lucho.

—Los Vaders pronto podrán alcanzar el *bunker*. ¿No te das cuenta de que todo se va al carajo, Lucho? Necesitamos un líder seguro, convencido.

—¿Sí? ¿Quién? ¿Vos? No me hagas reír.

—Yo no. Želva.

—Estás celoso, ¿no? Todo esto es porque no soportás que se acueste conmigo.

Suspiro. Cargo el rifle y me cuelgo una mochila con la *laptop* y el resto de mis pertenencias.

—Vas a buscarla.

—Sí.

—No seas tonto, Santiago. No le interesa defendernos. Está loca. Ella es… *aterradora*. ¡No vayas!

Llego al último escalón y empujo las puertas de acero del refugio. Es raro pensar que hubo una fuente aquí, en el centro de Parque Chas, nuestro *axis mundi*. El sol me golpea de lleno. Apenas son las cuatro de la tarde. La simpatía de los Vaders por la luz resultó sorprendente al comienzo, pero los libros dejan bien claro que Fuegos Fatuos —ese segmento maldito del Macrocosmos— es un lugar que rebosa de luminosidad, por lo cual resulta lógico que sus criaturas busquen comida durante el día. Por una vez las tinieblas son enemigas del Mal.

Tengo que encontrar a Akupera. Sé que ella intuye que no hay futuro para los *Loosers*. Por eso se fue. Pero yo no voy a morir junto a esos idiotas.

Salgo del laberinto borgeano. Camino varias cuadras por una Avenida de los Incas extrañamente silenciosa. El bulevar se ha convertido en un baldío de yuyos ralos y ponzoñosos. El barro veteado por el verdín cubre los cordones. Todo es desolación. Ni cadáveres hay. Comienzo a creer que esta falsa seguridad anuncia lo peor, cuando algo por detrás me tira de los pelos. Caigo de espaldas y unas fauces feroces se abren sobre mí.

—Marica de mierda. Abandonaste a tus compañeros. Creés todo lo que dicen los Escritos de Bangor, ¿y no te atrevés a pronunciar mi nombre? La Tortuga no los va a salvar, imbécil.

Las roncas palabras se abren paso en medio de estertores fétidos. Hacía mucho tiempo que no escuchaba esa voz estremecedora. Ya casi había olvidado por qué los bautizamos “Vaders”. No puedo moverme: desde la

nuca, el dolor paralizante relampaguea por toda mi espalda. De reojo veo que mi rifle se encuentra debajo de uno de los pies de la bestia.

—Y encima fantaseás con ella. Ja, pobre iluso. Nunca te la va a chupar. Nunca, ¿entendiste? ¿Sabés por qué? Porque sos un puto asqueroso. Desde chiquito. ¿O no? ¿Te acordás? ¡Sí que te acordás! Te tragabas las lágrimas y nunca le dijiste nada a mami porque te gustaba…

En ese momento, la cara del Vader se transfigura y el rostro de mi padrastro aparece en ella. Algo mucho más horrible que el dolor me entumece ahora. Justo cuando sus garras se abalanzan sobre mí, una hoja le traspasa el hinchado abdomen desde atrás y lo raja hasta las bolas. No logro girar la cabeza con la suficiente rapidez y la porquería amarilla cae sobre mí. Vomito sobre los borceguíes de Želva.

—Así no vas a llegar a ningún lado. ¿Trajiste la *laptop*?

—Sí —Apenas logro abrir la boca. Desde el piso sus curvas son mucho más imponentes.

—En pocos días los Empolvados se darán un festín en el refugio —predice, mientras me ayuda a levantarme. Y agrega—: Esta guerra es más complicada de lo que parece, Santiago. Hace eones que esperamos una confrontación definitiva y ahora no sabemos si vamos a salir triunfantes. Pero los Escritos no están terminados aún. En el Metaverso necesitamos cronistas que documenten lo que está sucediendo, sin importar cuál sea el resultado.

—¿*Metaverso*?

—Así llamamos nosotros al Macrocosmos.

—¿De verdad votaste por la implosión?

—Sí. Había que pelear de una buena vez. ¿No me creés? Buscame en el padrón: Želva Dalibor —dice, mientras me limpia la cara.

—Qué nombre.

—Es checo. Mis abuelos fueron inmigrantes.

—¿Tiene algún significado?

—¡Por supuesto! Qué raro que no lo averiguaste. Significa "Tortuga que lucha lejos". ¿Tenés el rifle cargado?

—Sí.

—Me encantaría decirte que a mi lado vas a estar seguro…

—Me siento seguro.

—Bueno, me alegro —y me da un tierno beso en la boca. Su extravagante

perfume me serena y ahuyenta la sensación de asco.

—¿A dónde vamos?

—Al *Galaxy Soho*. Un enorme edificio convenientemente lleno de parábolas y superficies curvas. En él amparamos y entrenamos a cientos de personas como vos. Querías conocer a otros sobrevivientes, ¿no?

—¿Dónde queda?

—En Pekín.

—¿*Pekín*? ¿Cómo…?

—Vos seguime.

> *Desde que ella me enseñó a viajar a través de los pórticos todo ha sido más fácil. (Para trasladarnos desde Parque Chas a Pekín bastó que diéramos tres vueltas completas por Berlín, la única calle completamente circular de Buenos Aires). Ya pasó otro año y sólo leyendo mis archivos puedo recordar cómo comenzó todo. Nadie sabe quién ganará esta guerra interminable, aunque Akupera —la inefable diosa-tortuga del Metaverso—, nos guíe.*
>
> *Pero cuando ella viene a mi habitación en el* Galaxy *para mostrarme sus otros tatuajes, me pide que la llame Želva.*

En el museo de los Sueños Verdaderos

Néstor Darío Figueiras

 **ARGENTINA**

I

El joven Danza-sobre-un-Volcán despertó en la oscuridad de su tienda. Ansioso, se incorporó, abrió la cremallera y asomó la cabeza. El viento frío del alba le cortó la cara. Se cubrió con su manta y salió. Rodeó el grupo de tiendas remendadas y comprobó que ninguna nave se había estrellado en las inmediaciones. Más tarde, la partida matutina saldría a explorar el desierto profundo. Sabía que si no se hallaba ningún vestigio ése sería un día como cualquier otro.

Colocó un dedo índice a dos o tres centímetros de sus labios y recitó:

—El cielo del amanecer brilla como una fragua.

Miró a las plantas cactáceas de varios metros de altura que se recortaban contra el sol. Continuó:

—Las Inmortales se yerguen altivas. "Un gesto de intolerable arrogancia para las nubes descarriadas que vagan sobre el arenal", dicen los más viejos del clan, "porque su carnoso y erecto verdor proclama que no necesitan el agua del cielo". Hoy, como todas las mañanas, el sol intentará quemarlas. A ellas y a los Hombres-Raíces, sus furtivos sacerdotes. Pero sabemos que nunca lo conseguirá. Las Perpetuas se alzan desde tiempos inmemoriales, apuntando el desdén de sus agujas en todas las direcciones. Los más jóvenes creemos que no sólo desafían al firmamento sino que también rezan a algún dios privado; que ruegan que sea abatida alguna de las naves que siguen desfilando a velocidad de crucero día tras día, moviéndose como cachalotes torpes a través de un océano de fuego. La única diferencia notable de esta mañana: las naves se desplazan más lentamente que de costumbre. Pero su número parece ser el mismo que ayer.

Corrió a despertar a Pez-en-un-Cuenco, su Padre en la Profecía, quien yacía en el rincón más oscuro de la tienda. Cuando se acercó a él, vio que el hombre barbudo ya estaba despabilado. Anhelante, Danza-sobre-un-Volcán

le metió el dedo índice en la oreja mugrienta. Pez-en-un-Cuenco oyó con atención el registro y luego le habló. Las palabras, empujadas por su aliento hediondo, golpearon el rostro del joven:

—Una fragua: ¡linda imagen! Luego citas el saber de los viejos. No está mal, pero no exageres. Ayer usaste el mismo recurso. Recuerda que la lisonja es una falta tan grave como la omisión.

—La lisonja es una falta tan grave como la omisión —repitió el aprendiz.



Ilustración: FRAGA

—Ahora bien, ¡borra esa bobada del "dios privado"! —El joven intentó explicar algo, pero el barbudo le tapó la boca con una mano metálica—. ¡Shhh! ¡Escucha! Sé cuál era tu intención. Pero, ¿desde cuándo la Divinidad debe rezar? Los viejos pensarían que tu comentario pretende ser tan soberbio como la derechura de las Sempiternas: ¡una herejía! Recuerda que para convertirte en Perito de la Bitácora debes manejar con precisión el balance entre las viejas tradiciones y las nuevas ideas. Balance. Mételo en la cabeza, hijo —le dio un coscorrón suave con los nudillos plateados—. Después comparas a las naves con esos cetáceos… Podría resultar un acierto magistral, pero sólo si todos recordaran lo que es un cachalote. Debes tener presente cuáles son los símbolos que se van perdiendo. También deberás tomar nota de aquellos que se añadirán con la caída de una nave.

Los ojos de Danza-sobre-un-Volcán brillaron. ¡Documentar la caída de una nave! ¿Le tocaría esa suerte a él?

—Por último: has terminado el registro con una nota trágica. Deberías haber dicho algo como "la lentitud de las naves es buen augurio: si pierden velocidad, hay más posibilidades de que alguna de ellas caiga sobre las

dunas”. O tal vez “su número parece ser el mismo que ayer, pero esperamos que alguna se haya desplomado más allá del horizonte”. Recuerda que tu tarea como Perito será registrar, anunciar y entusiasmar. De nada sirve registrar y anunciar si no entusiasmas al clan.

—Registrar, anunciar y entusiasmar —coreó.

—No olvides que tu registro tiene que ser poético, profético y poliédrico. Pero nunca polémico.

—Poético, profético y poliédrico. Nunca polémico.

—Eso es. Buen muchacho —y el hombre barbudo le acarició la cabeza con rudeza—. Ve y corrige la grabación. Hoy no me siento bien. Seguiré recostado un momento más.

Danza-sobre-un-Volcán regrabó la bitácora. Los riborrecs que pululaban bajo la yema de su dedo índice se afanaron a velocidades impensadas: borraron la información desechada y enlazaron nuevas series de ARN dentro de cada célula.

Una vez que fuera Perito de la Bitácora, y después de haber hecho numerosas grabaciones en ese dedo, los Hombres-Raíces le cortarían la falange distal y archivarían el registro. Entonces él continuaría con la siguiente falange. Cuando le hubieran amputado el dedo completo, comenzaría a grabar en otro. Y así sucesivamente.

Miró de reojo a su Padre en la Profecía, quien, recostado sobre su camastro, se desenredaba la barba con una de sus manos de metal. El antebrazo derecho estaba hecho con la aleación corroída que revestía a las naves, desde la punta de los dedos hasta el codo. Otras prótesis colgaban pesadamente de él, estructuras alambicadas que los Hombres-Raíces le habían implantado en los muñones de ambas rodillas y del hombro izquierdo.

Sabía que algún día el Protésico del clan no se levantaría más. Y entonces haría falta otro Perito.

¿Cómo es posible que algunos hayan olvidado qué es un “cachalote”?, se preguntó. *En tal caso, tampoco recordarían qué es un “pez”, aunque no sean la misma cosa; ni sabrían qué es lo que hace dentro de un cuenco*, se dijo Danza-sobre-un-Volcán.

No verbalizó sus pensamientos, porque sabía que era inútil contradecir a su maestro. Pero sobre todo porque, si su suposición era cierta, Pez-en-un-Cuenco moriría pronto.

II

Como solía hacer por las tardes, Danza-sobre-un-Volcán visitó a Almíbar-en-la-Mirada. Charlaron distraídamente. Las palabras encubrían el otro diálogo, uno más directo, que entablaron con sus miradas deseosas.

Cuando Crótalos-bajo-el-Cráneo, Madre en los Quehaceres de Almíbar, abandonó la tienda para ir a buscar despojos semienterrados en la arena, la joven le descubrió sus pechos al aprendiz. Se abrazaron. Él se apresuró a apretar esa carne tan suave, pero no se atrevió a lamer los pezones hinchados. Ella se quitó la falda con gesto decidido y se lanzó sobre él, envolviéndolo con las piernas y los brazos. Cayeron sobre la superficie de lona.

Derribado, él inició la improbable tarea de desvestirse. Lo consiguió a medias. La arena que se había filtrado en la tienda se coló entre sus cuerpos, que ya empezaban a ajustarse. Los granos de sílice volvieron ásperos los roces. Pero sobre la piel igual fermentó la pasión. Aunque sus labios y lenguas se arremetían sin delicadeza, esos besos torpes bastaron.

Mientras tanto, los riborrecs espiaban, eslabonando interminables cadenas de datos.

El frenesí que los trenzó fue efímero como un relámpago en la noche del desierto, porque alguna alarma secreta hizo que ella lo apartara de sí con brusquedad. Empezó a vestirse con urgencia, exigiendo que él hiciera lo mismo.

Danza-sobre-un-Volcán terminó de abrocharse los pantalones un instante antes de que se abriera la tienda. Crótalos ingresó y les dirigió una mirada inquisidora. Habló con esa voz ronca:

—No hallamos nada. Las malditas no caen.

El joven se despidió de Almíbar con un leve dolor en las ingles y se dirigió a su tienda. La arena crujía bajo sus botines como la lengua de Crótalos lo hacía bajo su cráneo.

El hormigueo que sentía en las venas no sólo se debía a la erección que trataba de disimular. Allí estaban también los nanobots hambrientos de información.

Se estremeció al pensar que alguna vez sólo podría tocar los pechos de Almíbar con manos de aleación.

III

Llegó el día en el cual el viejo Pez-en-el Cuenco no se levantó más de su catre. Algunos achaparrados Hombres-Raíces lo sacaron de la tienda y se lo llevaron tras las Dunas Prohibidas. Luego le dieron la Sepultura de las Dunas, un honor que merecía todo Protésico.

Esa noche las Imperecederas fosforecieron.

Todos habían olvidado definitivamente lo que era un pez, y una semana más tarde los ancianos convocaron a Danza-sobre-un-Volcán para que cubriera el puesto vacante.

La noche siguiente, el nuevo Perito de la Bitácora anunció su primer registro oficial y logró entusiasmar al clan con él. A pesar de un tartamudeo leve —que ponía de manifiesto su nerviosismo de principiante—, aquellos que se habían reunido en torno de la fogata lo aclamaron con aplausos y vítores, augurándole así una gran carrera.

IV

Un estruendo sordo sacudió el desierto en medio de la noche.



Ilustración: FRAGA

El Perito de la Bitácora despertó con el corazón agitado. Preguntó en la oscuridad de su tienda:

—¿Será posible que…?

Saltó del lecho y abrió apresuradamente el cierre de la tienda con sus manos plateadas: un acto muchas veces repetido, y siempre cargado de honda expectación. Atisbó en medio de las tinieblas.

¡Allí estaba! ¡Una gran nave había caído! La sección inferior de la proa se había sepultado en la arena. Yacía como una ballena varada. Asombrado, vio cómo un ejército multitudinario de Hombres-Raíces cubría el casco hirviente con rapidez, ingresando al pecio a través de los ojos de buey resquebrajados y las fisuras en el metal. Las criaturas enanas y nudosas tomaron la nave en pocos minutos, paralizando con sus púas venenosas a los criotripulantes que habían sobrevivido. Los convirtieron en momias, usando las secreciones que destilaban sus miembros para amortajarlos. Luego apilaron a sus presas prolijamente tras las Dunas Prohibidas.

En tanto, otro grupo de Hombres-Raíces, ayudados por todos los miembros del clan que habían despertado a causa del escándalo, se dedicó a desmontar la nave.

Al mediodía siguiente, en la zona del impacto sólo se veían algunos pocos tornillos y unas abrazaderas diseminados sobre la arena removida. Cada una de las piezas desmanteladas había sido sepultada junto a las Eternas por sus sacerdotes. En pocos días, las plantas se multiplicarían sobre el arenal, cubriéndolo de divinos retoños.

Danza-sobre-un-Volcán había estado toda la noche relatando los sucesos, entusiasmado, con los labios casi pegados a su bíceps izquierdo. Los infatigables riborrecs colmaron de información las células del tejido muscular.

Sabía que le amputarían el brazo en cuestión de horas, y que le colocarían otra prótesis entre el hombro y el codo de aleación. Pero no le importó, porque él había sido el bienaventurado que había registrado la caída de una nave, algo que no sucedía desde hacía mucho tiempo.



Aunque había engordado, Almíbar-en-la-mirada todavía era capaz de acelerarle el corazón. Sus senos, que él recordaba firmes, ahora se adivinaban caídos bajo la ropa de arpillera. Con miradas disimuladas, había comprobado que tenía estrías en la piel. La maternidad había cambiado su cuerpo. Pero él seguía sintiendo ese cosquilleo en las ingles cuando la veía

emparchar las tiendas, cargar leña, o amamantar a los críos que le había dado al zopenco que la había desposado.

Ella lo esquivaba. Pero él podía ver que detrás de sus ojos ambarinos aún latía con fuerza el recuerdo del amorío adolescente que alguna vez los había hecho suspirar.

Danza-sobre-un-Volcán se consolaba diciéndose que él era un Perito de la Bitácora que había documentado una caída; un Protésico que servía a las Perennes. Él era especial.

Sin embargo, cuando soñaba con esos pezones que nunca había osado besar, despertaba llorando.

VI

—¿Por qué tu registro debe ser poético, profético y poliédrico?

A Rizos-en-el-Lodo le tembló la voz cuando respondió:

—Debe ser poético para seducir los oídos de quienes escuchan. Tiene que ser profético para provocarles sed por el futuro. Y también poliédrico porque debe encerrar esa ansia por el porvenir dentro de un espacio limitado por expectativas realizables.

—Bien, chico. ¿Y por qué no debe ser polémico?

—Porque la Bitácora no debe suscitar controversias.

Danza-sobre-un-Volcán sonrió satisfecho. Ya estaba listo para la Sepultura de las Dunas: tenía un sucesor confiable. El joven Rizos había sido uno de los amortajados de aquella noche lejana y jubilosa. La momificación lo había preparado y los Hombres-Raíces lo habían elegido para continuar su tarea.

Del mismo modo había pasado con él mucho tiempo atrás.

—Padre en la Profecía, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—¿Qué es un “volcán”?

El interrogante lo tomó desprevenido.

—Es sólo un nombre, chico. Los nombres se pronuncian sin saber qué significan. Ahora ve a buscar yesca para esta noche.

Cuando el aprendiz salió de la tienda el Protésico se alisó la barba con los dedos metálicos. Recordó esa mañana, cuando supo que a Pez-en-un-

Cuenco le quedaba poco tiempo. Rizos-en-el-Lodo no había sido tan compasivo como él. Murmuró:

—Mocoso insolente.

Pero lo peor era que él también había olvidado lo que era un volcán.

VII

Danza-sobre-un-Volcán había permanecido todo el día recostado, las prótesis colgando a los lados del camastro. Hacía tiempo que no sentía la agitación de los riborrecs bajo su piel.

Pronto vendrían por él y entonces las Perdurables brillarían de nuevo.

La luz del ocaso fundía el cielo y la arena cuando cuatro Hombres-Raíces entraron en su tienda. Lo cargaron, llevando el catre sobre sus hombros, como si se tratase de una litera. Detrás de las Dunas Prohibidas lo aguardaba un quinto Hombre-Raíz, más robusto, que lo miró a los ojos y le dijo:

—Protésico. Te toca la Sepultura de las Dunas.

Su voz era una seguidilla de balbuceos y chasquidos que resonó dentro de su cabeza. El Hombre-Raíz no tenía boca. Ninguno de ellos la tenía.

—Pero antes te inocularemos Sueños. Porque tus registros, debidamente poéticos, proféticos y poliédricos, han preparado al clan para la caída de una nave. Y tú has documentado el hecho.

A Danza-sobre-un-Volcán se le ensanchó el pecho al oír esas palabras. Supuso que los Sueños eran una distinción que no cualquiera recibía.

El Hombre-Raíz parlante hizo un gesto, y los otros cuatro llevaron la litera hacia un promontorio que se alzaba entre los médanos. Danza-sobre-un-Volcán pudo ver numerosas grutas que socavaban la base del peñón. Lo introdujeron en una de ellas, y lo asaltó el seco aroma a pedernal que flotaba en el aire estanco. Observó que un sinfín de tunas oblongas y llenas de espinas tapizaban las paredes, iluminando la cueva con el fulgor que irradiaban.

Depositaron el camastro delante de un estrado de piedra que parecía estar embadurnado con alguna clase de saliva. Al principio creyó que los bultos multiformes que estaban amontonados sobre el pedestal eran más tunas. Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, descubrió con admiración que estaba frente al archivo de los registros.

Los Hombres-Raíces le desligaron las prótesis de las amputaciones. Cuando en su cuerpo no hubo más piezas de metal, empezaron a injertarle los miembros que habían descansado durante décadas sobre el podio de roca, untándole los muñones con la misma melaza que los cubría.

—Protésico —chasqueó la voz—. He aquí los Sueños.

Gracias a la secreción que manaba de la piedra, dedos, manos, pies, brazos y piernas de todos sus antecesores se habían conservado en perfecto estado. Los Hombres-Raíces fueron acoplando esos miembros a su cuerpo, uno por uno, empleando sus extremidades minadas de púas húmedas para unir los tejidos; mientras, los riborrecs despertaban de su letargo y comenzaban a alborotarse nuevamente.

Entonces soñó con imágenes grises y rotas. Sorbió las aspiraciones vanas y los agrios desencantos de los Peritos que lo habían precedido. Y los sueños se replegaron más y más, hasta traer recuerdos inhumados:

Los febriles preparativos de los azkevitas, que buscan escapar a tiempo de la muerte de la enana blanca perteneciente al sistema binario en torno del cual orbita su planeta. El plan minucioso que ha involucrado a varias generaciones en un intento desesperado de evitar el destino fatal. La puesta a punto de la inmensa flota de astrobuques, reservada para evacuar a los cientos de miles de individuos elegidos: los más sabios, los más capaces, los más bellos. Almas afortunadas que preservarán la semilla de Azkev 'Ar, dignas de recibir un legado tal. La inoculación masiva de riborrecs, los nanobots que amplificarán las mentes de los favorecidos, que transformarán sus cuerpos en contenedores del enorme cúmulo cultural de la civilización azkevita. Es un bautizo cibernético en el cual se le proporciona un nuevo nombre a cada uno, el tetranom, capaz de encriptar cientos de miles de nociones y símbolos dentro de cuatro vocablos.

A medida que se acerca el final, el alivio, la tristeza y el miedo se mezclan en los portadores de los tetranoms, y el odio enardece a los otros, los que se saben sentenciados, aquellos que, una vez abandonados, vivirán algunos días más antes de que las mareas de radiación arrasen el planeta. Las protestas y las manifestaciones multitudinarias. Las familias que se desgarran y los vínculos que se desmenuzan por la potencia de los incontables megatones que serán liberados. Los intentos de sabotaje. Las guerras que desangran al mundo antes de que sea destruido por la estrella agónica.

El penoso adiós en medio de la anarquía. El embarque y la criogenización de los tripulantes. El despegue exitoso de la flota y la huida a toda velocidad, devorando años-luz sin descanso. Una ilusoria sensación de

resguardo invade los sueños criogénicos de los expatriados.

Entonces, la conmoción fatal de la supernova que escupe colosales chorros de plasma hacia el infinito. La onda de choque altera el encadenamiento del continuo y alcanza a las naves rezagadas, golpeándolas como un tsunami atroz. Una, dos, tres centenas de astrobuques caen en un maelstrom *y son recluidas en un bucle espaciotemporal.*

El mismo planeta apareciendo una y otra vez, un enorme mundo desértico que ejerce misteriosas y tenaces fuerzas tractoras sobre las naves. El origen y el olvido de las leyendas entre los muchos criotripulantes despiertos, un ciclo que se repite indefinidamente. Las mitologías forjadas en cada iteración van ensayando diversas variantes, todas verosímiles: un mundo-sirena que seduce al metal con inaudibles cantatas y que manipula a la inteligencia por medio de un embrujo como de mandrágora; un mundo-vampiro que bebe en el borde del torbellino que zarandea el continuo, nutriéndose de los azkevitas: un maná que cae desde otra eternidad; una civilización vegetal que se alimenta con carne y sangre, civilización de parásitos que esclavizan, lavan cerebros y despliegan esquemas religiosos…

Danza-sobre-un-Volcán imploró. La sucesión discordante de rememoraciones lo consumía. Podía sentir cómo los riborrecs saturaban cada una de las células de su cuerpo mutilado. Estaba enloqueciendo.

La voz del Hombre-Raíz parlante chasqueó:

—Otro que no resiste la verdad de los Sueños Verdaderos. Informad que hemos comprobado una vez más que en nuestra jurisdicción no existe ninguna posibilidad de fugas —señaló a Danza-sobre-un-Volcán con un dedo erizado de pinchos—: Que sueñe sus propias abstracciones hasta morir en la inclemencia del amanecer. Luego, ordenad las piezas del museo.

Los que habían cargado la litera obedecieron con diligencia. Le reinsertaron sus propios miembros, que le habían sido amputados uno a uno a lo largo de su vida. Y Danza-sobre-un-Volcán soñó:

Almíbar le descubre sus pechos y él se apresura a apretar esa carne suave. Pero no se atreve a lamer los pezones. Ella se quita la falda y se lanza sobre él, y ambos caen al suelo. Él inicia la improbable tarea de desvestirse. Lo consigue a medias. La arena se cuela entre sus cuerpos, que ya empiezan a ajustarse. Los granos de sílice vuelven ásperos los roces, pero igual fermenta la pasión. Aunque sus labios y lenguas se arremeten sin delicadeza, esos besos torpes bastan.

Cuando el cuerpo del Protésico dejó de agitarse, los Hombres-Raíces le

quitaron los miembros injertados y los dispusieron sobre el altar, junto a los otros. Luego lo sepultaron en la arena, mientras el alba recibía a las naves que fatigaban la misma ruta invariable, una y otra vez.

Durante la noche siguiente, las Indestructibles resplandecieron con intensidad. Y una semana más tarde los viejos del clan llamaron a Rizos-en-el-Lodo.

Portfolio

Gastón Barticevic

 **ARGENTINA**

[image] Gastón Barticevic nació en San José de la esquina un pueblito al sur de santa fe. Es ilustrador y dibujante de arte fantástico, ciencia ficción, terror, fantasía. Comenzó a dibujar a los 6 años. Cuando terminó el secundario fue a la ciudad de Rosario a estudiar arte, donde cursó con el profesor Fernando Oter.

Siguió sus estudios de dibujo en la Escuela de Dibujo de Carlos Barocelli, prestigioso dibujante rosarino, donde aprendió muchísimo a perfeccionar su estilo.

Realizó un importante seminario con su referente más grandes del dibujo, el rey de los dragones Ciruelo Cabral.

Actualmente es docente de dibujo en la Municipalidad de Rosario distrito oeste e ilustrador *freelance* en juegos de cartas de rol, portadas de libros, discos de bandas y comics y hace ilustraciones por encargo.

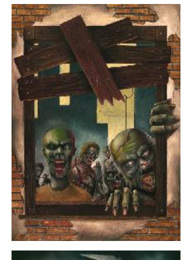
Además de en Axxón, participó en las Revistas Quimera (Argentina), Grezza (Uruguay), Cosmocápsula (Colombia), Forjadores (Argentina), Minatura (España), Lacripta (México), Revista Efecto Metal (Argentina), dibujó capítulos del libro *Aquí Mismo, Grageas de Historia Argentina*, entre otros trabajos.









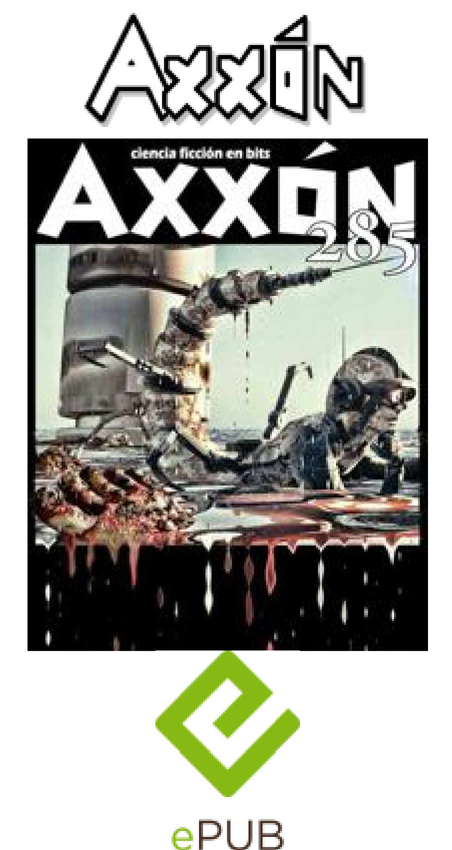





Equipo

Axxón

Equipo de redacción: Francesc Barrio, Carlos Eugenio Belisle, Gustavo Courault, Marcelo De Lisio, Carlos E. Ferro, Marcelo Huerta San Martín, Ricardo Manzanaro



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**